

FRANCISCO R. ADRADOS

«LA ZORRA Y EL CUERVO» EN LA EDAD MEDIA
LATINA

Publicado en: HVMANITAS IN HONOREM A. FONTÁN


G R E D O S

«LA ZORRA Y EL CUERVO» EN LA EDAD MEDIA LATINA

La fábula de «La zorra y el cuervo» (H. 126, citando por la edición de Hausrath de las *Fábulas Anónimas*) es una de las más conocidas en la Antigüedad y también en época moderna, después de las versiones de La Fontaine y de Samaniego. Tiene interés estudiar su tradición en la Europa latina medieval, incluida la consideración de una serie de fábulas derivadas.

Pienso que se trata de una fábula antigua, que llegó a la colección de Demetrio de Falero a partir de algún tratamiento literario en época clásica o arcaica; así parece deducirse de la presencia del tema en un vaso corintio del Museo de Berlín, aunque no se nos dan más detalles¹. En todo caso, el estudio en mi *Historia de la Fábula Greco-Latina*² hace ver que toda la tradición antigua remonta a una fuente única, un texto colíambico (uno de los coliambos se ha conservado íntegro) que, sin duda, rehacía el texto prosaico de Demetrio.

El tema es, evidentemente, el engaño de la zorra, como en otras varias fábulas que conocemos desde Arquíloco. En manos de los cínicos, que versificaron las fábulas anteriores, resulta una perfecta ejemplificación de sus ataques contra la insensatez y ceguera (la ἄνοια y el τυφος) del tipo humano al que la zorra representa. La moraleja puesta en boca de la zorra como conclusión de la fábula y que es precisamente un coliambo que se ha conservado intacto tanto en la colección II de las *Fábulas Anónimas* como en Babrio 77, lo deja bien claro:

ἔχεις, κόραξ, ἅπαντα, νοῦς δέ σοι λείπει
todo lo tienes, cuervo, pero te falta entendimiento.

Fue grande, como digo, la difusión de la fábula en la Antigüedad: los datos precisos pueden encontrarse en mi estudio aludido. A más de en las *Fábulas*

¹ Cf. B. E. PERRY, «Demetrius of Phalerum and the Aesopic Fables», *TAPHA*, 93, págs. 287-346, pág. 327.

² Madrid, Universidad Complutense, tres vols., 1979-1987. Me remito a III, págs. 133 y sigs., donde se envía a otros lugares de la obra.

Anónimas y en Babrio (y su Paráfrasis), que señalan las dos líneas fundamentales de la tradición, que aquí operan sobre un mismo modelo, aparece la fábula en Fedro, Aftonio y Pseudo-Dositeo; la aluden Horacio, *Sat.* II 2, 55-57, y Apuleyo, prólogo al *De deo Socratis* (no citado por mí). Pero no aparece en Aviano, lo cual tiene una importante repercusión en la tradición medieval latina: la fábula sólo se encuentra en ésta en la derivada de Rómulo (en definitiva de Fedro, en este caso), no en la derivada de Aviano.

En la tradición bizantina sí aparece la fábula: en la Paráfrasis Bodleiana, el código Brancacciano, los *Tetrásticos* de Ignacio Diácono, Tzetzes. A más de en los derivados bizantinos de las *Fábulas Anónimas*.

Pero vayamos a la tradición occidental. La laguna que presenta la que arranca de Aviano está suplida por la derivada de Rómulo, como digo. Pues no sólo la fábula es citada con la máxima frecuencia con leves variaciones respecto a Rómulo 19, que deriva muy fielmente de Fedro, sino que ha dado origen a una variante también muy citada, la fábula del gallo y la zorra.

Y hay además muchas variantes, generalmente de un solo autor: la fábula se ha prestado, pues, para ejercicios literarios que introducen toda clase de variantes. Ya mantienen el tema, ya lo radicalizan (muerte del ave), ya lo invierten (el ave escapa, incluso es muerta la zorra) mediante una fácil moralización. Otras veces varían los animales; otras el tema es contaminado con otros varios.

La fábula principal es, como digo, la derivada de Fedro (I 13) a través de Rómulo 19; fábula procedente, ya dije, del mismo modelo que H. 126, en realidad de una redacción anterior de esta versión. En efecto, Fedro (y por tanto Rómulo) mantiene el «queso», certificado como antiguo por razones métricas y por la coincidencia con otras versiones griegas; las *Fábulas Anónimas* introdujeron la «carne» (κρέας) por analogía con H. 136, la fábula del perro que perdió la carne en el torrente.

Esta versión fue, evidentemente, muy popular en la Edad Media³. Aparece en todos los diversos «Rómulos», así como en Walter el Inglés, Alejandro Nequam, Odón de Ceritón y Nicolás Bozón. Está representada en la tapicería de Bayeux: es la primera fábula. Pasó de ahí a diversas literaturas: a la francesa con Marie de France y el *Roman de Renart*, a la española con el *Conde Lucanor* (cuento 5, no citado en mi libro), a la judía (Rabbi Berechiah 13). Volvió a entrar en España en traducciones como la de Odón de Ceritón en el *Libro de los Gatos*.

Alguna de estas colecciones es la fuente de La Fontaine; no, desde luego, las *Fábulas Anónimas*: la fábula no está en la III, la Accursiana, que es la conocida más antiguamente y, además, en la I y II aparece, como hemos dicho, la «carne», mientras que La Fontaine y sus sucesores hablaron siempre del «queso».

³ Véanse los datos completos en mi libro, III, pág. 459.

Ahora bien, resulta interesante que esta fábula convivió en la Edad Media con otra derivada de ella y que representa una moralización de la misma en un cierto sentido. Pues para la tradición antigua de la fábula la moral de la misma consistía en que el animal vanidoso, el cuervo, sufría el castigo pese a hallarse, a primera vista, fuera del alcance de la zorra; un tema derivado, seguramente, del muy antiguo (en Arquiloco y, antes, en Mesopotamia) del águila y la zorra (H. 1). La listeza de la zorra, de otra parte, era evidentemente vista con admiración por el público antiguo. Y no se trata de maldad, como otras veces: la zorra se limita al inocente juego de burlar al cuervo y quedarse con su queso.

Pero los cristianos vieron las cosas, sin duda, de otra manera. La zorra es en la fábula medieval más que astuta, malvada; y se procura, siempre o casi siempre, que no se salga con la suya. A partir de la fábula tradicional se creó otra, la del gallo y la zorra, en que la fábula antigua es invertida. La zorra es ahora simplemente malvada: quiere devorar al gallo. Queda un resto de lo antiguo en que hace que el gallo cante, pero es sencillamente para cogerlo desprevenido y agarrarlo por el cuello. Así lo hace, pero los labradores la persiguen. El gallo es ahora el astuto: indica a la zorra que diga a los perseguidores que el gallo es suyo. Mientras ella habla, el gallo escapa. No puede haber inversión más completa: la zorra es burlada y castigada.

He propuesto en mi libro ⁴ que esta fábula es un derivado de Rómulo 34 «La perdiz y la zorra», que pertenece a un pequeño grupo de fábulas de Rómulo que están en el código de Ademar y no derivan de Fedro. Son, muy posiblemente, creaciones del siglo V o el VI, obra del modelo de dicho código o del copista del mismo. Hoy, sin embargo, veo las cosas de un modo un poco diferente.

En Rómulo 34 la zorra dice a la perdiz, que está en un lugar muy elevado, que es muy bella y lo sería más si se durmiera: la perdiz cerró los ojos y la zorra se apoderó de ella. Entonces la perdiz pidió a la zorra que pronunciara su nombre antes de devorarla: la zorra lo hizo y la perdiz aprovechó para escapar.

Puede comprobarse que subsisten restos de H. 126 que no están en «El gallo y la zorra» (el elogio de la belleza del ave), junto a cosas comunes (la zorra se apodera del otro animal, lo pierde por abrir la boca). Y faltan temas de la otra fábula. Pero «El gallo y la zorra» enlaza también directamente con H. 126: la zorra elogia la voz del gallo, éste canta y es entonces cuando la zorra se apodera de él. Pienso que el autor de «El gallo y la zorra» ha tenido ante la vista las dos versiones de Rómulo: la 19 (derivada de H. 126 a través de Fedro) y la 34.

«La perdiz y la zorra» es, por así decirlo, un primer ensayo de moralización del tema: la inocente perdiz escapa a la malvada zorra, que quiere devorarla.

⁴ Cf. III, págs. 398 y 469; también II, pág. 491. Las citas exactas de las fábulas en las diversas colecciones pueden encontrarse aquí.

Por alguna razón, esta fábula no gozó de popularidad: aparte de en Rómulo, la hallamos solamente en la tapicería de Bayeux (número 17), que trabajó sobre Rómulo: las dos versiones del tema siguen conviviendo en el tapiz, igual que en Rómulo.

Pues bien, esta convivencia de las dos versiones del tema continuó a lo largo de la Edad Media: pero la versión «moralizada» fue en adelante la de «El gallo y la zorra». Ambas están en los Rómulos Monacense y Bernense, en Marie de France, en el *Roman de Renart* y en los tapices de Bayeux (la nueva con el núm. 19; también aparecen, ya se ha dicho, «El cuervo y la zorra» y «La perdiz y la zorra»: tienen, pues, las tres versiones).

Otras colecciones, ciertamente, eligen: o se quedan con solamente la versión antigua o con esta otra moralizada. Sólo la antigua está en Vicente de Beauvais, en Walter el Inglés, en algunos Rómulos, en Alejandro Nequam, en Rabbi Berekchiah, en Odón de Ceritón, en Nicolás Bozón, en Juan de Schiapeia; sólo la segunda en Alcuino y en el *Ysengrimus*. Es bien claro que, pese a la corriente moralizadora, la fábula antigua estuvo siempre mejor representada: su ironía y humanidad se impusieron a través de todos los tiempos.

Otro problema es el del origen de la fábula moderna, la del gallo y la zorra. Parece evidente que su autor fue alguien que tenía a mano un Rómulo semejante al nuestro, con las dos versiones del cuervo y la zorra, y la perdiz y la zorra: continuó el espíritu de ésta, contaminándola con la otra.

Posteriormente, la fábula fue añadida al núcleo original de Rómulo en los llamados Rómulos Bernense y Monacense y en María de Francia, todos los cuales vienen del llamado Rómulo anglo-latino. Fue el autor de éste el que la incluyó, sumándola al material procedente del Rómulo principal. He propuesto⁵ que el paso del Rómulo anglo-latino al Continente, donde fue explotado por las colecciones citadas, debió de tener lugar c. 1100 o antes.

Pero el Rómulo anglo-latino no fue el creador de la fábula, se limitó a añadirla tomándola de algún sitio. Pues aparece ya en Alcuino, en el siglo VIII, sólo que aquí se habla del gallo y el lobo: Alcuino ha modificado la fábula, es anterior todavía. En todo caso, se trata de un modelo continental anterior al siglo VIII, modelo que presupone la fusión en «Rómulo» de la tradición antigua más los añadidos del código de Ademar, que hemos fechado en el siglo V/VI.

Con esto tenemos una primera visión de las dos versiones fundamentales: la segunda derivada de la primera, pero cambiando totalmente su espíritu; y precedida por un primer ensayo en el mismo sentido moralizante, ensayo que no tuvo mucha difusión (aunque, aparte de en las colecciones mencionadas, se halla en mss. sueltos, como el cod. Brux. 8147, y uno de Cambridge del siglo XI).

⁵ *Op. cit.*, II, pág. 596.

Veamos ahora cómo una y otra versión han producido derivados diversos, generalmente en un solo autor que ha puesto a prueba su ingenio para obtener variantes que enlazan con otros motivos, contaminan, alteran la intención original en varios sentidos. Son, sin duda, creaciones originales de una serie de autores y no hallaron difusión fuera de ellos.

Estas creaciones medievales tuvieron, por lo demás, un precedente antiguo: la colección I de las *Fábulas anónimas*, cuya redacción conservada remonta al final de la Antigüedad, nos ofrece con el número 245 una fábula de «La cigarra y la zorra» que no es sino una variante de H. 126 con cambio de los animales, procedimiento muy común, e inversión de la historia.

La cigarra cantaba en su árbol y la zorra elogió su canto y la invitó a bajar. Ella tiró desde el árbol una hoja, sobre la que se arrojó la zorra. Hecha esta prueba, la cigarra no bajó: contestó que había visto plumas de cigarra en los excrementos de una zorra.

El autor tenía ciertamente, por lo que vemos, un conocimiento sólo literario de lo que es una cigarra. Pero, aparte de esto, hizo que ésta, al contrario del cuervo, burlara a una zorra malvada: ni más ni menos que la perdiz en Rómulo 17. Podemos pensar, quizá, que esta fábula era conocida del autor de «La perdiz y la zorra». Pero aunque la idea sea la misma, el detalle varía: no podríamos probar esta presunción nuestra, pues no sabemos por vía independiente que H. 245 haya llegado a la tradición latina. La fábula prueba, al menos, que la posibilidad de invertir la moral de la fábula estaba bien a la mano.

Resulta frecuente, al igual que en esta fábula, cambiar uno de los protagonistas, a veces los dos; y no siempre es fácil decidir si el punto de partida está en «La zorra y el cuervo» o en «El gallo y la zorra», pero vamos a intentarlo.

El caso más claro de todos está en la versión de «La zorra y el cuervo», sin alteración de los animales, conservada en *Las mil y una noches*⁶: la derivación procede claramente de H. 126, igual que en el caso de la fábula anterior y de las dos medievales que hemos considerado arriba. En esta fábula la zorra se limita a solicitar la amistad del cuervo, ya que son vecinos; pero éste se niega: primero aduce la enemistad de animales terrestres y volátiles (un tema frecuente en la fábula antigua), luego que la zorra había tendido una trampa al lobo, causando su muerte (alusión a la fábula medieval de «La zorra y el lobo en el pozo», derivada de H. 9). O sea: la zorra no logra su objetivo, hay una inversión del tema.

Las fábulas de la tradición latina medieval suelen insistir ya en el fracaso de la zorra, ya en su maldad, ya en ambas cosas: están, en definitiva, en la línea que ya conocemos. Veamos los ejemplos más notables. Primero, tres precedentes de H. 126.

⁶ En el vol. III, págs. 108 y sigs. de la edición de Gabrieli (trad. española, Barcelona, Orbis, 1987). Sobre la presencia de material fabulístico antiguo en esta obra, cf. mi trabajo «Documentación suplementaria de la fábula greco-latina», en *Euphrosyne*, 1, 8, 1990, págs. 213-225.

La fábula del Rómulo de Berna 33 «Lupus et uulpes famelica» introduce al lobo que aconseja a la zorra hambrienta que abra la boca para que caiga el ruiseñor: así lo hace, pero sigue hambrienta. La zorra no se sacia nunca. Esta fábula es muy original: la zorra devora al ave, va más allá de H. 126, pero hay una inversión del tema, consistente en hacer ver su carácter insaciable.

De la misma colección viene sin duda la fábula del lobo y la zorra en la *Ecbasis Captiui* 1139 sigs. La zorra hace que el lobo salga de la cueva en que está refugiado simplemente mediante la adulación: el lobo morirá. Es el tema de la zorra malvada.

En «Ciconia et cattus», fábula de Odón de Ceritón 71, el gato elogia a la cigüeña para que suelte la anguila que ha capturado; pero fracasa. El tema viene a ser semejante al de *Las mil y una noches*; procede también, sin duda, de H. 126.

En cambio, de «El gallo y la zorra» deriva una fábula de Odón de Ceritón 25 y Juan de Schiapeia 61, «Vulpes gallo confitiens peccata sua». Aquí la zorra, apaleada, se presenta al gallo-capellán para que la confiese; él accede dudoso, la zorra le hace acercarse y se lo come. Es el tema de la zorra malvada; la imitación acaba aquí, falta el final en que el gallo escapa.

Se trata, sin duda, de una creación de Odón de Ceritón que contamina la fábula en cuestión con el tema bien conocido de la zorra (o lobo o gato) monje, pero que en realidad conservan sus hábitos viciosos. Es un tema probablemente de origen oriental, pero muy difundido en Occidente⁷. La maldad de la zorra, maldad natural que nada puede hacer cambiar, es comparada a la de los falsos religiosos.

En la misma fábula del gallo y la zorra está también el origen de fábulas más antiguas y sin este tipo de contaminación; introducen, en cambio, un tema nuevo, el de la astucia consistente en fingir una reconciliación. Así, la versión del *Ysengrimus* V 1-324, en que Reinardo, la zorra, captura al gallo y luego le propone que firmen la paz en una corteza de árbol. El gallo se resiste hasta que llegan los perros, que hacen huir a la zorra. Aquí ésta es malvada, una vez más, y además leguleyesca; y fracasa. La fábula está en La Fontaine, II 15, también en Samaniego.

Esta fábula presenta un tema sin duda más antiguo, tema que da mucho juego en varias fábulas en que hay variación de al menos uno de los protagonistas: el de la paz entre los animales, pretexto del animal fuerte para devorar al débil. Pienso que, en definitiva, todas vienen de «El gallo y la zorra». Tenemos:

Rómulo de Berna 32, «Vulpes et auicula»: la zorra le dice al avecilla que la Asamblea de los animales ha decidido la paz y quiere darle un beso; ella accede y es cazada.

⁷ He estudiado el tema y doy abundante ejemplificación del mismo en mi libro citado, II, págs. 542 y sigs.

Roman de Renart II 469-664, «Renard et le mésange»: la zorra propone al paro la paz y quiere darle un beso, con intención de devorarlo; pero el ave se pone hojas y musgo en la boca, logra salvarse.

Rómulo Anglico completo 51, María de Francia 61, *Roman de Renart* V, segundo episodio: «Vulpeš et columba». La zorra invita a bajar a una paloma que estaba posada en lo alto de una cruz, pues la Asamblea de los animales había decretado la paz. Ella va a hacerlo, pero al acercarse dos caballeros con dos perros, la zorra huye. Se verá que este último tema es el mismo que el de la versión de *Ysengrimus*, véase más arriba. Por otra parte, hay seguramente influjo de H. 162 y otras fábulas en que el lobo intenta que se le acerque el animal débil. Por otra parte, la paloma sobre la cruz es un tema cristiano.

Hay que hacer notar que en la variante del *Roman de Renart* la paloma es substituida por el grillo, al cual la zorra pide que cante el psalterio para cazarlo mejor. Es clara la cristianización del tema del canto del gallo.

Odón de Ceritón, Add. I 1, «Lupus et ouis osculantes». El rey de los animales había decretado la paz, que todos debían confirmar besándose: así lo hizo el lobo con la oveja, que a duras penas pudo librarse. Cf. también la fábula «Du lou et de l'oue», en Jean de Boves⁸.

Ésta es seguramente la fábula más innovada, una creación de Odón de Ceritón, que es el final de la cadena: en ella no aparece ya la zorra. El punto de partida está, ya lo dije, en «El gallo y la zorra» y el tema de la amistad de los animales en la época mítica en que se colocan las fábulas; cf., por ej., el primer prólogo de Babrio y su fábula 102, en que se narra la asamblea de los animales en que se decretó la paz. Por otra parte, hay que recordar la historia de los cuervos y las lechuzas en el libro III del *Pañcatantra*: un cuervo se refugia junto a las lechuzas, diciendo que ha sido expulsado de los cuervos como partidario de ellas, y aprovecha para quemar su fortaleza.

En todo caso, todas estas fábulas continúan la nueva imagen de la zorra (o del lobo que la sustituye en una de las versiones): es un animal malvado que a veces fracasa, a veces tiene éxito. Nada queda de la zorra ingeniosa y el cuervo vanidoso.

Con esto no está hecho todo el inventario, pero sí nombradas las fábulas más importantes. Parece verosímil que las derivaciones de «El gallo y la zorra» presentaran en un comienzo los mismos animales, luego variados a veces; en nuestra tradición, sin embargo, la cronología está alterada, hay fábulas más antiguas con cambio de los animales y otras más recientes con la zorra y el gallo.

Como puede verse, las dos líneas constituidas por «La zorra y el cuervo» y por «El gallo y la zorra» son las que han proliferado con diversas variantes. La primera, en la Antigüedad y la Edad Media; la segunda, naturalmente, sólo en la Edad Media. Pero vengan de una u otra fábula («La perdiz y la zorra», como dijimos, no produjo otra descendencia que «El gallo y la zorra»),

⁸ Cf. mi libro, III, pág. 488.

las fábulas derivadas se caracterizan todas por dos rasgos que conviene recordar, como conclusión. Primero, son fábulas de creación individual y de muy poca difusión, las verdaderamente difundidas son las dos que ya sabemos. Segundo, siempre acentúan el tema de la maldad de la zorra, ya sea que quede burlada, ya que triunfe de su víctima.

Esto correspondía, sin duda, al ambiente espiritual de la época. Pero es notable que, a pesar de él, continuara viva y se difundiera ampliamente la fábula original de «La zorra y el cuervo», apenas sin alteraciones. En ella permaneció viva una creación del espíritu griego que, merecidamente, ha seguido ganándose la admiración y la sonrisa de todas las épocas. Por su humanidad, su verdad y su ironía.

FRANCISCO R. ADRADOS

Universidad Complutense.